

Excelencia académica: una responsabilidad compartida

DR. ENNIO VIVALDI C.

Desde un punto de vista conceptual, la excelencia académica podría interpretarse como la cúspide del proceso evolutivo de la raza humana, porque constituye la esencia misma de la comunicación a nivel superior, que caracteriza al quehacer universitario.

La excelencia académica es intrínseca a la actividad intelectual y para su realización el hombre ha creado instituciones destinadas al progreso de las ciencias, del arte y de las humanidades. Entre éstas, la Universidad destaca como el paradigma de la creación cultural de cada época. Por consiguiente, la Universidad tendrá como misión superior crear y difundir el conocimiento, utilizándolo como medio que favorece el avance del saber y procurando, además, la mantención de las condiciones de excelencia académica. Esta interdependencia secuencial entre conocimiento y comunicación se transmite de generación en generación y refleja desde los inicios de la existencia del hombre, el valor intelectual de una comunidad cuyas raíces, por lo tanto, deberán buscarse en la profundidad de la prehistoria.

Es altamente probable que desde los albores de la presencia del hombre sobre la tierra, éste se haya diferenciado de los animales o de otros seres vivos por dos características que, de alguna manera, están ligadas al asombro y al temor que el hombre primitivo debió sentir al comprobar la realidad de la muerte. Es lógico suponer que frente a este impacto el ser humano debió buscar un camino hacia la inmortalidad recurriendo a un Ser Superior, cuya representación fue diferente en cada una de las agrupaciones humanas ya que, en gran parte, su figura y su significado fueron el reflejo de los factores ambientales y del grado de evolución socio-cultural de una determinada

comunidad. A este ser que conocemos y veneramos como Dios y a su Gracia Divina encomendamos la inmortalidad de nuestra alma. Se hace entonces necesaria la vivencia de la Fe y de ella nacen las religiones y las organizaciones sacerdotales compuestas por seres humanos considerados como intermediarios entre la Divinidad y el hombre.

La segunda característica diferencial del hombre se manifiesta en la imperativa necesidad de comunicarse con otros individuos de la misma especie. Fue necesario para el ser humano compartir con otros, valores, alegrías, amores, aspiraciones, hipótesis e ideas con el fin de perfeccionar la información indispensable para el progreso humano y para poder proyectar su experiencia a las generaciones futuras. La materialización de este segundo objetivo se va a exteriorizar en el transcurso de los siglos, en la creación de Escuelas y Academias en las que se cobijaron y destacaron las figuras más prominentes del conocimiento universal. Los maestros, a través de la palabra o de sus escritos, constituirán la fuente permanente de la cultura humana. A sus discípulos se les encargará la misión de formar nuevas Escuelas y Academias, las que alcanzan su apogeo en la Escuela de Atenas, reflejándose posteriormente en Alejandría y Sicilia para generalizarse en Jundi Shapur (Persia) y finalmente fructificar en el maravilloso amanecer que conocemos como el Renacimiento, que estremecerá a Europa y al mundo.

Si bien, de las raíces del movimiento renacentista han surgido manifestaciones culturales que han hecho posible el progreso del conocimiento humano en su compleja y polifacética expresión, no debemos olvidar que el Renacimiento no puede considerarse como el producto de una generación espontánea, sino que es más bien el resultado de la mutua influencia entre todas y cada una de las culturas de la tierra. Constituye el Renacimiento, en última instancia, el zumo del saber humano. Este renacer —de ahí el vocablo *renacimiento*— de la cultura greco-romana, que se tiende a ubicar entre los siglos XIV y XVI, no tiene en realidad límites precisos, ya que constituye un cambio progresivo y armónico que permitirá una transición adecuada entre la Edad Media y la Era Moderna. Sus fundamentos retroceden en la oscuridad de la Edad Media y podemos apreciar esbozos claros del renacer cultural en la Escuela de Alcuino, maestro de Carlomagno, en las enseñanzas de Alfonso el Sabio y de la Escuela de los Traductores de Toledo a quienes debemos un código conocido como "Las Siete Partidas". Dante, Petrarcha y Boccaccio inspiraron sus obras en los clásicos y remueven de tal manera los cimientos culturales de su época, que no nos es posible olvidarlos como precursores del renacer. En buena lid, el Renacimiento implica un retorno del hombre a su vida terrena, un resurgir de la energía y de los

aspectos más relevantes de la vida. El hombre mira a su alrededor y en la "Primavera" de *Botticelli* lo gótico y lo renacentista permiten apreciar que la observación de lo que nos rodea se ha hecho realidad. La tierra y el cielo se manifiestan con igual fuerza y, en un rincón de la pintura, *Sandro Botticelli* dibuja a un joven que, con los cabellos al viento, le grita al mundo que la Humanidad ha renacido.

Es dable preguntarse ¿y cuándo terminó el Renacimiento? En mi opinión, no ha terminado y, en mi esperanza, me gustaría que nunca terminara. Por esto interpreto como renacentista a un *Galileo*, a pesar de que ya habían transcurrido algunas décadas del siglo XVII cuando rompe la tradición medieval para dar nacimiento a la revolución científica que va a caracterizar a la Era Moderna.

Otro de los hechos que me permiten aseverar la persistencia del Renacimiento, comprendido como la interrelación del hombre con el mundo que lo rodea y su posibilidad de realizar su misión creadora, está dado por la fundación de las universidades. Hombres que quisieron crear han existido en todas épocas y como la inteligencia creadora es enemiga del egoísmo y antagónica de la envidia, estos hombres ansiosos de saber, necesitaron de manera imprescindible transmitir a otros sus conocimientos y los resultados de sus interpretaciones teórico-prácticas. En el siglo IX la Universidad de Salerno agrupa a los estudiantes del Arte y del Humanismo, manifestaciones que se venían desarrollando desde los principios de nuestra Era y que durante el Imperio Romano florecieron en aquellas instituciones que se denominaron "Universitas". El concepto actual de Universidad, comprendido como una manifestación de la cultura y de la ciencia, parece haberse concebido en el siglo XII, al fundarse la Universidad de Bolonia, y desde allí se difunde el "Universitus Magistrorum Scholarum" a otras ciudades de Italia y de Europa. Nacen así las universidades tradicionales, en las cuales se agrupan los discípulos bajo la tuición del "Maestro", prevaleciendo un sistema organizativo basado en la tradición, que es complementada por muy escasas normas generales, suficientes para cumplir con una exigencia administrativa, limitada a servir a la función universitaria. La tradición es producto de la experiencia y es la resultante de un proceso progresivo de adaptación de la Universidad a un medio que cambia de manera persistente. La tradición se incorpora al aparato genético de la Universidad y debe ser reconocida, captada y respetada.

Las universidades que se rigen por la tradición viven una reforma permanente y progresiva que de manera imperceptible las ubica en el contexto de su medio, constituyendo la cúspide y simultáneamente la avanzada en los aspectos culturales de la comunidad en la cual están insertas.

En las universidades tradicionales el quehacer universitario se desarrolla de manera armónica, lo que se refleja adecuadamente en la conducta de estas comunidades: inteligencia, sentido del deber y responsabilidad, respeto y comprensión mutua, así como la humildad que implica autoanálisis y autocrítica permanente. En las universidades de más reciente creación, la ausencia de una tradición universitaria las obliga a recurrir a reglamentos amplios y detallados que, si bien es cierto pudieran ser necesarios o por lo menos útiles, interfieren con lo que es la esencia del trabajo creador. La estructura reglamentarista es estática y, por este motivo, imposibilita los cambios lentos y graduales que caracterizan a la “reforma permanente”, que es propia de las universidades tradicionales.

El peligro de esta ausencia de un dinamismo adaptativo, que es característico de tradición, radica en que periódicamente emerge —y de manera irresistible— la voluntad de realizar “reformas globales”, que interpretan los deseos y las ambiciones de un número aún mayor de intereses. Los resultados de estas “reformas globales” se reúnen en una nueva reglamentación, que es diferente a la ya existente, pero no por esto mejor, y que implicará los mismos problemas y los mismos peligros que la anterior.

Es imperativo reconocer que la tradición necesita, para hacerse realidad, entre otras múltiples exigencias, de una existencia suficientemente prolongada y, por lo tanto, la totalidad de las universidades que nacieron en este siglo y muchas de las de los últimos siglos tienen un grado variable, pero significativo, de “reglamentismo”.

Pudiera concluirse que, si bien para llegar a la “Universidad Tradicional” es necesario pasar por la “Universidad de Reglamentos”, esta etapa inicial debe ser considerada como “transitoria”, susceptible de ser modificada a medida que la Universidad alcanza una madurez progresiva, que le concede la autocrítica necesaria para su adecuada función.

Con el fin de justificar la presencia de un reglamento, se ha sustentado —a mi entender, de manera errónea— que la fijación de normas estrictas tendería a una reducción de la mal llamada “mortalidad académica” y que, por otra parte, estimularía lo que se ha denominado “excelencia académica”. Desde luego, la denominación “mortalidad académica” constituye un grave error semántico, por cuanto se califica como tal al hecho que los alumnos no alcanzan las calificaciones suficientes para aprobar una o más asignaturas, lo que es debido a una multiplicidad de causas. Al igual que en todas las alteraciones biológicas, este resultado patológico se relaciona principalmente con las condiciones del medio, las características del alumnado y la calidad de los docentes. La primera condición para que una asignatura logre interesar al alumnado es que ella sea agradable, y para hacerla agradable

debe existir una armonía entre las normas generales que rigen las actividades docentes, el interés de parte del alumno por aprender y comprender los fundamentos de una asignatura y la capacidad del profesor para hacer entendibles los múltiples aspectos relativos a un determinado conocimiento. La valoración de estas condiciones nos permite comprender por qué el currículum basado en plan variable implica menos reprobaciones que un plan rígido, ya sea semestral o anual. Por otra parte y con el fin de atenuar la mal llamada "mortalidad académica", en muchas universidades se tiende a disminuir las exigencias docentes de tal manera que aprueban una asignatura un mayor número de alumnos, pero que cada vez saben menos. Como suelen decir algunos alumnos: "Se puede salir bien si se cumple el Reglamento, a pesar de que no se sabe la materia, pero es imposible aprobar una asignatura si se sabe, pero no se ha cumplido cabalmente con las normas reglamentarias". En este campo, yo creo que la principal misión de la Universidad es crear una armonía de intereses netamente universitarios, que interpreten el pensamiento de los docentes y de los alumnos, dentro de un medio que facilite y estimule esta unión.

La "excelencia académica" es, sin lugar a dudas, la preocupación principal de una Universidad, independientemente del tipo o modalidad a la que se atenga. No obstante, en las universidades jóvenes, en las que prima el aspecto reglamentista, la "excelencia académica" se relaciona solamente, o por lo menos preferentemente, con las condiciones inherentes al docente, concediéndose especial énfasis en los títulos o cargos que el profesor ha logrado obtener durante su actividad universitaria. Contrariamente a esta posición, creemos que la "excelencia académica" no constituye una condición individual, sino que es la expresión máxima del saber y de la capacidad de la Universidad como un todo y, por este motivo, la excelencia académica no se refiere al docente como se suele señalar, sino a la totalidad de aquellos que participan del quehacer universitario. El logro de esta imperativa necesidad universitaria tiende nuevamente a unir al docente, al alumno y a la Universidad y puede creerse que *Isidoro*, Obispo de Sevilla, dedicó al maestro y al discípulo este tema escrito hace unos 1.400 años: "Estudia como si fueras a vivir para siempre y vive como si fueras a morir mañana".

La importancia del MAESTRO —con mayúscula— es de tal magnitud, que durante los siglos que ha perdurado la cultura humana se le ha considerado como el eje alrededor del cual giran los diferentes factores condicionantes de la comunicación y del aprendizaje. Un filósofo y educador norteamericano, *Bronson Alcott* (1799-1888), concibe en el "Temple School" en Boston, una nueva metódica revolucionaria en la educación, basada en el respeto y la potencialidad del alumno. *Alcott* nos dejó, entre muchísimas

enseñanzas, estas frases que resumen su concepto de "Profesor": "El verdadero maestro defiende a sus pupilos de su influencia personal. Les inspira confianza en ellos mismos. Guía los ojos de sus pupilos desde la persona al espíritu que anima al maestro". Por otra parte, *Alfred North Whitehead*, matemático y filósofo inglés, fallecido a mediados de este siglo, resume su experiencia como profesor de las universidades de Harvard y de Londres, señalando: "El profesor tiene una doble función. Debe evocar entusiasmo por resonancia de su propia personalidad y debe crear el ambiente para acrecentar el saber y para favorecer una unidad de propósitos más firmes. El maestro está ahí para evitar la persistencia de lo inútil, lo que en etapas más primitivas de la existencia fue el camino que siguió la naturaleza en su proceso evolutivo".

Es lógico, por lo tanto, que nuestro interés por conocer mejor los aspectos constitutivos de la docencia universitaria se centre, en primer lugar, en el maestro, tratando de formular las condiciones que atribuimos a un docente ideal. No me cabe duda que la primera obligación de un profesor universitario es *saber*. Para cumplir este fin, no sólo debe poseer un verdadero conocimiento, sino que deberá fundamentarlo adecuadamente frente a sus pupilos y, aún más, frente a sus discípulos. No basta con acumular ideas y hechos, metódicas y resultados, sino que es necesario poder deducir lo que ellos implican. La simple lectura es suficiente para adquirir conocimientos, empero, es el pensar lo que permite compartir —en lo conceptual— lo que se ha leído.

Como muy bien señala en los apuntes de Patología de la Universidad de Harvard el profesor George Diamandopoulos, miembro de la Boylston Medical Society de Boston, al enfocar magistralmente los múltiples factores determinantes de la "excelencia académica", el Maestro se hará acreedor al respeto verdadero, profundo, sentido y a la admiración de los estudiantes inteligentes, cuando éstos perciban —y así lo harán, porque la perspicacia del alumno es proverbial— que su profesor está de manera permanente en el borde cortante de una calidad superior del comportamiento humano. En lo esencial, el profesor debe poseer "sabiduría", debe interpretar los hechos de manera objetiva y poseer las condiciones que faciliten, en el estudiante, la comprensión conceptual de los problemas. Las metódicas y los "hechos" son fenómenos transitorios y de vida efímera al compararse con la persistencia en el tiempo y con la importancia que tienen los "conceptos". El Maestro deberá interpretar los aspectos fundamentales de sus enseñanzas, de tal manera que no aparezcan como partes aisladas sino que como constituyentes de un todo, o sea, debe proyectar su pensamiento y unirlo con los otros aspectos del conocimiento universal. Este es el camino que, abandonando la

senda de la especialización exagerada, nos llevará nuevamente hacia la pedagogía fundamental, de la cual nunca debimos alejarnos. El Maestro podrá así destilar la esencia de los fenómenos que motivan su temporal preocupación, de tal manera que ellos puedan revelarse en su simplicidad estética, surgiendo de este análisis una racional valoración de la relevancia de las ideas que ha expuesto. El alumno inteligente y exigente sentirá una mayor admiración al constatar que su profesor no duda ni tiene vergüenza en reconocer su ignorancia en determinado aspecto, mecanismo o técnica. No saber es perdonable, lo que no se puede perdonar es no querer aprender. Su interés por saber lo exterioriza el profesor en su deseo de avanzar en la senda del conocimiento humano, de ese conocimiento amplio y sin fronteras que le va a simplificar su tarea de enseñar y que va a proporcionarle la pregunta precisa, necesaria para la justa y adecuada evaluación del efecto o respuesta que sus enseñanzas han causado en el alumno.

Otra de las condiciones que se requiere de un buen Maestro es la de poseer una perspectiva histórica que le permita un más amplio enfoque de la disciplina a su cargo. Considero importante que el docente se informe y sepa cómo se adquirieron los conocimientos que le preocupan, de tal manera que pueda vivificar la aventura que dio origen a determinado avance del conocimiento. Es interesante que el alumno escuche de boca de su maestro el dolor y el esfuerzo que precedieron a muchos éxitos de las ciencias, los que fueron entregados por hombre y mujeres que supieron sobrellevar sus fracasos y que, en la mayoría de los casos, debieron oponerse a las ideas contrarias que prevalecieron en los círculos intelectuales de su época. Es hermoso y estimulante poder constatar cómo la verdad, fruto del trabajo experimental y del esfuerzo intelectual, es capaz de vencer a todos los obstáculos para permitir el logro de otro éxito, que nosotros comúnmente llamamos "descubrimiento".

Hemos exigido como primera premisa para lograr la "excelencia académica" que el profesor universitario sea un hombre culto y que conozca los fundamentos, la historia y la proyección de la asignatura en cuya docencia participa. Pero, si bien es cierto que éstos son requisitos sin los cuales ni tan sólo puede hablarse de enseñanza superior, es imperativo señalar que el profesor necesita de una segunda condición: debe ser capaz de transmitir el conocimiento a sus alumnos. Esta tarea es difícil y en ella intervienen numerosas variables, entre las cuales una de las más importantes es *saber*. Es imposible enseñar lo que *no se sabe* y no puede, un profesor, entregar y proyectar adecuadamente la información requerida si, simultáneamente, tiene que estar recordando algunos aspectos no muy bien sabidos de lo que pretende enseñar. El hombre que sabe requiere —a mi entender— muy

poco para ser un buen docente: es necesario que le guste la disciplina, que quiera a sus alumnos y que posea entusiasmo. El entusiasmo es contagioso y atrae al alumno hacia un mundo desconocido, que le promete un sinnúmero de alegrías y de gratos momentos. Es importante que el estudiante comprenda que, para ser buen alumno o un buen profesor, no es necesario aparentar una seriedad y gravedad permanente y, aún menos, adoptar una actitud de "sabio". El "humor" es un factor esencial en la buena enseñanza. Debe estimularse el buen chiste en el alumno, así como la respuesta crítica y oportuna, aunque algunos puedan considerarla a veces impertinente. El sentido del humor del profesor es al mismo tiempo una condición de entretenimiento e instrucción, capaz de favorecer una mejor interrelación entre los estudiantes y los docentes, lo que irá en beneficio directo de la enseñanza. Uno de los aspectos más difíciles de una buena docencia radica en *convencer* a los alumnos de que es posible estudiar y aprender con agrado y que la clase o, aún mejor, el trabajo práctico, es una actividad deseada, porque les enseña y porque los atrae.

Debemos aún considerar un último factor, directamente relacionado con el acto o la acción de enseñar. El ya mencionado profesor *Diamandopoulos* se refiere con especial interés al *escepticismo* como un elemento efectivo en la enseñanza, porque actúa como un estimulante, principalmente para aquellos alumnos no muy interesados, a los que ayuda e induce a permanecer fríos en su razonar, les concede la posibilidad de la duda, los estimula a formular preguntas y a mirar el conocimiento humano en términos de un pasado enigmático y de un futuro impredecible.

El aspecto más difícil, relacionado con las exigencias para una buena docencia, afecta por igual a los tres factores que condicionan la enseñanza superior: 1) la Universidad y su medio; 2) el estudiante, y 3) el profesor. Me refiero en especial a las condiciones éticas imperantes en el medio y en cada una de las partes. En el profesor, estas condiciones cristalizan en los siguientes aspectos: delicadeza, decencia, urbanidad, integridad personal, honestidad intelectual y ausencia de pretensiones. El profesor posee menos fatuidad, no a medida que aprende más cosas, sino que a medida que las entiende. El hombre que posee estas condiciones, ya sea maestro o discípulo, no necesita de palabras o de clases magistrales para enseñar o para aprender. Basta con el ejemplo personal de un maestro ejemplar para que sus alumnos lo admiren y lo aprecien. El aprendizaje será el reflejo de la impresión que este hombre causa en ellos, impresión que perdurará por muchos años en el espíritu de aquellos que tuvieron la suerte de entenderlo y de apreciarlo. El profesor que posee ética en lo intrínseco de este concepto, atrae a los alumnos, comparte con ellos sus inquietudes científicas y les

ayuda a comprender que lo verdaderamente grande en sus vidas aún no ha llegado, que les augura un viaje a horizontes lejanos y amplios y los lleva a imaginar que en esos lugares les esperan "sorpresaas agradables", que constituyen lo mejor entre las alegrías de la vida.

Otro importante factor, condicionante fundamental de excelencia académica es, sin lugar a dudas, la Universidad. Esta no es meramente una "casa de estudios superiores". Ella es, por esencia, un lugar de creación, de autocrítica, de trabajo intelectual y de comprobación experimental. La enseñanza necesita de estas cuatro cualidades para que podamos hablar de excelencia académica. Y son estas cuatro condiciones las que hacen posible que emerja, en la comunidad universitaria, el amor por la Universidad y el orgullo de pertenecer a ella. Recuerdo con especial satisfacción que, hace años, al ofrecérseme la posibilidad de un cargo docente en otra Universidad, contesté: ... "gracias, no puedo aceptar, porque soy profesor titular en la Universidad de Concepción".

La Universidad debe, por lo tanto, crear las condiciones que faciliten la persistencia de este quehacer universitario, alejarlo de todo otro interés, recurrir a la experiencia de sus profesores para que estas condiciones fructifiquen de manera más eficaz y se perfeccionen, escuchar la opinión técnica de los administrativos que pueden simplificar numerosos inconvenientes que interfieren con una actividad deseada e integrar al alumnado como parte activa en la docencia y la investigación. Es así como una comunidad unida avanza por la senda del progreso tecnológico y del saber científico-humanista y es así también como se logra la excelencia académica, fruto de un esfuerzo en común.

Y ahora nos preguntamos ¿y los alumnos, los estudiantes universitarios están sólo limitados a lo ya señalado, o hay algo que les es propio, individual, una misión sólo encomendada a ellos? Creemos que uno de los imperativos de la excelencia académica es la aptitud de los estudiantes, que determinará su vivencia como alumnos. Ningún estudiante podrá lograr "excelencia" en el saber universitario y, por ende, en el polifacético e intrincado mundo del conocimiento universal, sin la capacidad de trabajar duramente y de pensar, es decir, de pensar con seriedad e interés. Estas exigencias son independientes de la originalidad y de la capacidad de penetración, de la inteligencia y de la capacidad de comprensión que pueda poseer cada estudiante. Es imperativo que logre, a través del trabajo intenso y del esfuerzo intelectual, una autodisciplina, una liberación de sus prejuicios. Es indispensable además, para aprovechar adecuadamente sus años universitarios, que adquiera otras cualidades, como ser: paciencia, persistencia y perseverancia. La Universidad sólo puede entregar los fundamentos

esenciales del conocimiento, pero además, capacita al alumno para seguir estudiando y, por sobre todo, para entender y criticar lo que estudiará en el futuro. Es prácticamente imposible para un estudiante lograr una adecuada comprensión del mundo si carece de curiosidad intelectual, condición indispensable que lo lleva a dedicarse con pasión a su trabajo.

Debemos también considerar, como una verdad indiscutible, que ningún estudiante será capaz de transformar este mundo en algo mejor si carece de idealismo, si no es intransigente con la pureza de sus ideales y si no posee compasión por los seres humanos que la requieran. Es imprescindible que antes de iniciar una aventura en el deseo de alcanzar lejanos horizontes, el estudiante valore el riesgo que esta acción implica y considere las posibilidades reales que le permitan lograr su objetivo.

A medida que el tiempo transcurre, se tiene la impresión de que tanto el alumno como el profesor están adquiriendo una visión del mundo, una cosmovisión que es más realista en cuanto al sentido que tiene la vida humana. Es obvio que esta vivencia tiene características propias en cada caso, ya que está determinada por los derechos y deberes individuales, por las peculiaridades de cada uno y por otros factores inherentes a su "status" de universitario.

Creo que cada vez está más claro —en el estudiante y en el profesor— que la diferencia que mejor se valora entre ellos no radica en la edad y no depende sólo de las condiciones propias de la capacidad mental atribuibles a ambos. Si el profesor se hace merecedor de un reconocimiento y de la gratitud de los alumnos, el alumno se va a convencer que es factible formar una dualidad *permanente*, en la que uno entrega y el otro recibe. Empero, no siempre el que entrega es el maestro y no siempre el que recibe es el estudiante. Este hecho tan simple es lo que hace de la enseñanza la experiencia más maravillosa vivida por el hombre.

En lo substancial, lo mejor que podemos esperar los que enseñamos es entregar o traspasar una parte de lo más íntimo de nuestro ser, para que nuestros estudiantes y nuestros discípulos enciendan un fuego de cuyas llamas saldrán nuevas chispas que enardecerán las mentes de futuros estudiantes y de nuevos discípulos, hasta constituir una secuencia maravillosa que fructificará en el fuego sagrado, que será visible desde lejanas regiones. En las llamas de ese fuego vivirá eternamente esa partícula infinitesimal que nosotros aportamos y que se ha integrado a ese algo maravilloso que constituye la máxima creación de la humanidad: la cultura.

Así como los griegos sostenían que todo hombre culto debía saber medicina, de igual modo, hoy creemos que todo universitario debería ser un hombre culto.

A través de la excelencia académica, la Universidad como un todo y cada uno de sus miembros realizan un aporte a la sabiduría de la especie humana. Para cumplir con esta finalidad, los maestros y sus discípulos tienen la obligación de conocer, de entender y de crear. *Conocer* implica diversificar el conocimiento, tanto en sus aspectos teóricos como prácticos; *entender* es la resultante del pensamiento que interrelaciona las partes con el todo y, por último, *crear* exige saber, pensar y, por sobre todo, imaginar por que, como dijo una vez *Einstein* . . . “la imaginación es más importante que el conocimiento”.